



Neil
Gaiman
Objetos Frágiles

En esta recopilación de historias los narradores y el arte de la narración tienen el papel protagonista. Los meses, convertidos en personajes que hablan y se relacionan, intercambian opiniones en su reunión anual; un hombre medio devorado nos habla de cómo se hizo amigo de su querido caníbal; incluso Sherezade, la mayor contadora de historias de todos los tiempos, recibe un homenaje. Además, otras historias nos sorprenden y cautivan: un misterioso circo que aterroriza al público con su asombrosa actuación antes de desaparecer en mitad de la noche y llevarse a una espectadora con ellos; en una Inglaterra victoriana un tanto extraña, Sherlock Holmes y su inseparable ayudante deben resolver el asesinato de un miembro de la familia real; los miembros de un exclusivo club epicúreo, hastiados ya de haber probado todo lo imaginable, se van a Egipto para degustar el mítico pájaro del Sol, sin imaginar siquiera las consecuencias que traerá tamaño atrevimiento...

Estos relatos —varios de ellos merecedores de premio Hugo y Locus— conforman este extraordinario libro que nos sumerge en el universo particular de Neil Gaiman: tierno, gótico, infantil, fantástico, cargado de un oscuro sentido del humor y, sobre todo, de una imaginación fuera de lo común y un talento que lo convierten en un escritor excepcional.

Para Ray Bradbury, Harlan Ellison
y el último Robert Sheckley,
maestros artesanos

«Creo que, al echar la vista atrás, preferiría recordar toda una vida malgastada en aquello que es frágil antes que una vivida eludiendo el compromiso moral». Estas palabras acudieron a mi mente en un sueño y las anoté nada más despertarme, sin saber lo que significaban ni a quién pertenecían.

Cuando empecé a planear este libro de cuentos y ficciones varias, hará unos ocho años, mi intención era la de escribir una serie de relatos breves y publicarlos con el título de *Esa gente debería saber quiénes somos y contar que estuvimos aquí*, título sugerido por un bocadillo en una viñeta de una página de *Little Nemo* (actualmente podéis encontrar una bonita reproducción de la misma en el libro *Sin la sombra de las torres*, de Art Spiegelman). Cada relato sería contado por un personaje diferente, todos ellos más bien chungos y poco fiables, que narraría su vida, nos contaría quién fue y que, en algún momento, él también estuvo aquí. Una docena de personajes, una docena de cuentos. Ésa era la idea original; pero entonces llegó la vida real y lo echó todo a perder, pues me senté a escribir los cuentos que podréis leer a continuación y cada uno fue adoptando la forma en que necesitaba ser contado; mientras algunos me pedían un narrador en primera persona y contaban retazos de vidas, otros, simplemente, no. Una de las historias se negó a tomar forma alguna hasta que la puse en boca de los diferentes meses del año, mientras que otra jugaba con el concepto de identidad y pedía ser contada en tercera persona.

Finalmente, me puse a reunir el material para este libro mientras me devanaba los sesos para buscarle un nuevo título, pues el original había dejado de tener sentido. Justo entonces me llegó *As Smart as We Are*, el CD de One Ring Zero, y les oí cantar aquellas palabras que había logrado rescatar de mi sueño. Entonces me pregunté qué sería exactamente lo que yo había querido decir con lo de «frágil».

Me parecía apropiado para un libro de cuentos. Después de todo, hay muchas cosas frágiles en la vida. Las personas se quiebran con facilidad, y también los sueños y los corazones.

«ESTUDIO EN ESMERALDA».

Escribí este cuento para *Sombras sobre Baker Street*, antología editada por mi amigo Michael Reaves en colaboración con John Pelan. Lo que Michael me pidió fue «un cuento de Sherlock Holmes ambientado en el mundo de H. P. Lovecraft». Yo acepté el reto pese a que de entrada me pareció que la cosa resultaría extraordinariamente difícil de encajar: después de todo, el mundo de Sherlock Holmes es esencialmente racional, todo tiene una solución lógica, mientras que las ficciones de Lovecraft son profunda y esencialmente irracionales, y el misterio es vital para salvaguardar la cordura del hombre. Para contar una historia combinando ambos elementos tenía que encontrar un modo interesante de hacerlo que, además, no traicionara ni la esencia de Lovecraft ni la del personaje creado por *sir* Arthur Conan Doyle.

De niño me encantaban los cuentos de Philip José Farmer sobre la familia Wold Newton. Docenas de ilustres personajes ficticios cobraban vida en aquellas historias para integrarse en un mundo perfectamente coherente. Además, había disfrutado como un enano viendo cómo Kim New-

man y Alan Moore creaban su propios «mundos». Wold Newton en *El año de Drácula* y *La liga de los hombres extraordinarios*, respectivamente. Parecía divertido, y me preguntaba si no podría intentar algo parecido.

Cuando me puse a escribirla, los ingredientes de la historia que tenía en mente se fueron combinando con mayor fortuna de lo que en un principio esperaba. (Escribir es un poco como cocinar. Hay veces en que, por más que lo intentes, al bizcocho no le da la gana de subir y no sube; pero, de vez en cuando, el bizcocho te sale tan bien que ni tú mismo te lo crees).

«Estudio en esmeralda» fue galardonado con el premio Hugo en agosto de 2004, algo que todavía hoy me llena de orgullo. Este cuento fue además el culpable de mi misterioso ingreso en los Irregulares de Baker Street al año siguiente.

«LA DANZA DE LAS HADAS».

Como poema no es gran cosa, pero os lo pasaréis en grande leyéndolo en voz alta.

«LA PRESIDENCIA DE OCTUBRE».

Apareció por primera vez en *Conjunctions 39: The New Wave Fabulists* —una magnífica antología editada por Peter Straub—, aunque ya había comenzado a escribir este relato varios años antes, en una convención celebrada en Madison, Wisconsin. Harlan Ellison me propuso que escribiéramos un cuento a cuatro manos pero, antes de eso, él tenía que terminar una introducción. Mientras él concluía su trabajo, yo escribí una primera versión del cuento y se la enseñé: «No. Demasiado "gaimanesco"», me dijo, de modo que lo dejé y me puse a escribir otro relato, que Harlan y

yo hemos estado escribiendo a medias desde entonces. Lo más raro de todo es que, cada vez que nos juntamos para trabajar en él, el relato se acorta. Al final, aquel cuento inconcluso quedó guardado en mi disco duro. Un par de años después, Peter Straub me invitó a escribir una narración para la antología de *Conjunctions*. Yo quería escribir un cuento que tuviera como protagonistas a un niño vivo y a otro muerto, una especie de ensayo para un libro infantil que tenía en mente (y que es precisamente lo que estoy escribiendo ahora, se titula *The Graveyard Book*). Me llevó un tiempo pergeñar la historia y, cuando la terminé, decidí dedicársela a Ray Bradbury que, sin duda, la habría escrito mucho mejor que yo.

El cuento recibió en 2003 el premio Locus al mejor relato breve.

«LA HABITACIÓN OCULTA».

Las editoras Nancy Kilpatrick y Nancy Holder me pidieron una pieza «gótica» para su antología *Outsiders*. Para mí, no existe cuento más gótico que el de Barbazul, en cualquiera de sus múltiples variantes, así que escribí un poema sobre Barbazul, situado en la casa prácticamente deshabitada en la que vivía en aquel momento. *Patético* es lo que Humpty Dumpty llamaba «una palabra-maleta», y en este caso define una zona intermedia entre lo patético y lo tétrico.

«LAS ESPOSAS PROHIBIDAS DE LOS SIERVOS SIN ROSTRO DE LA SECRETA MORADA DE LA NOCHE».

Comencé a escribir este relato a lápiz, en una borrascosa noche de invierno, mientras esperaba el tren entre los andenes cinco y seis de la estación de East Croydon. Por

aquel entonces tenía veintidós años (casi veintitrés). Una vez terminado, lo pasé a máquina y se lo enseñé a un par de editores que conocía. Uno me miró con aire condescendiente, me dijo que no le interesaban esta clase de cosas y añadió que no creía que le interesaran a nadie; el otro se mostró más amable, pero me lo devolvió y me explicó que jamás lograría publicarlo porque no era más que un disparate divertido. De modo que me olvidé de aquel relato, contento de no haber hecho el ridículo enseñándoselo a más gente.

El cuento pasó veinte años en una carpeta, que después guardé en una caja, que con el tiempo bajé al trastero y que, finalmente, subí al desván. Cuando lo recordaba no era sino para alegrarme de no haber llegado a publicarlo. Un buen día me pidieron un relato para una antología titulada *Gothic!* Y entonces me acordé del manuscrito que tenía guardado en el desván. Subí a buscarlo, con la vaga esperanza de que hubiera algo que mereciera la pena rescatar.

Mientras lo leía, sonreí varias veces, y al terminar pensé: «qué demonios, es francamente divertido, y bastante ingenioso, la verdad». Me pareció que, en esencia, era un buen cuento —algo tosco en algunos puntos, pero no más de lo que cabría esperar, dadas las circunstancias en las que lo escribí y, además, la cosa tenía fácil arreglo—. Me senté al ordenador y escribí una nueva versión —veinte años después de la primera—, acerté el título hasta dejarlo en su forma actual y se lo envié a mi editor. Hubo al menos un crítico que lo tildó de disparate divertido, pero se ve que no era una opinión compartida por la mayoría, porque «Esposas prohibidas» fue incluido en varias recopilaciones de los mejores relatos breves de aquel año y obtuvo el premio Locus al mejor relato breve en 2005.

No sé muy bien qué enseñanza se puede extraer de todo esto. Supongo que uno no siempre acierta al decidir a quién le da a leer una historia, y cada cual tiene su gusto.

De vez en cuando me pregunto qué más habrá en las cajas que guardo en el desván.

«LOS NIÑOS BUENOS MERECEAN FAVORES», «POR LA SENDA DEL RECUERDO».

El primero de estos dos relatos fue inspirado por una estatua de Lisa Snellings-Clark que representa a un hombre sujetando un contrabajo, tal como yo lo hacía de niño; el segundo lo escribí para una antología de cuentos de fantasmas basados en hechos reales. Los cuentos de los demás autores tenían un final bastante más satisfactorio que el mío, aunque los míos tenían la nada satisfactoria ventaja de ser verídicos de cabo a rabo. Ambos relatos aparecieron por primera vez en *Adventures in the Dream Trade*, una antología de prólogos, cartas y otros textos de diversa índole que he ido escribiendo a lo largo de los años y que fue publicada por NESFA Press en 2002.

«HORA DE CIERRE».

Michael Chabon quería editar una selección de cuentos de género fantástico con el fin de demostrar que hay muchos relatos divertidos y de recaudar fondos para 826 Valencia, una fundación que se dedica a iniciar a los niños en la escritura. (El libro en cuestión fue publicado finalmente bajo el título *McSweeney's Mammoth Treasury of Thrilling Tales*). Me pidió que escribiera un cuento, y le pregunté si entre los que ya tenía echaba de menos algún subgénero en particular, a lo que me respondió que andaba buscando una historia de fantasmas al estilo de las de M. R. James.

Así pues, me senté a escribir un cuento de fantasmas al estilo clásico, pero finalmente creo que le debe más a mi afición por los «cuentos extraños» de Robert Aickman que a

M. R James (no obstante, también podría encuadrarse dentro del subgénero de las historias de club, así que al final Michael se llevó dos al precio de uno). «Hora de cierre» apareció en varias antologías de los mejores relatos breves de aquel año y recibió el premio Locus al mejor relato breve en 2004.

Todos los lugares en los que transcurre la historia son reales, aunque he cambiado algunos nombres —el club Diógenes, por ejemplo, es en realidad el club Troy, que está situado en Hanway Street—. También algunos de los personajes y acontecimientos son reales, más reales incluso de lo que cabría imaginar. De hecho, en este mismo momento me estaba preguntando si seguirá existiendo aún aquella casita de juguete o si, por el contrario, la habrán derribado para construir algún edificio en aquel terreno, aunque también os confieso que no pienso volver allí para comprobarlo.

«RENACER SALVAJE».

Escrito para la antología *The Green Man*, editada por Terri Windling y Ellen Datlow.

«BITTER GROUNDS».

Escribí cuatro relatos cortos en 2002, y éste fue, a mi parecer, el mejor de todos ellos, aunque no obtuvo ningún premio. Lo escribí para la antología *Mojo: Conjure Stories*, editada por mi amigo Nalo Hopkinson.

«LOS OTROS».

No recuerdo dónde ni cuándo se me ocurrió esta historia que tiene algo de cinta de Moebius. Sólo recuerdo que anoté enseguida la idea y la frase inicial y, entonces, me pregunté si la idea era mía o era un recuerdo de algo que había leído de pequeño —¿no era un cuento de Fredric Brown o de Henry Kuttner?—. Me daba la sensación de que el cuento era de otro; la idea era demasiado elegante, demasiado audaz y completa, y eso me hizo sospechar.

Más o menos un año después cogí un avión y, al terminar la revista que estaba leyendo, aburrido, me puse a revisar mis notas y me tropecé con aquellas anotaciones. Sin más, comencé a escribir y, antes de aterrizar, ya tenía el cuento acabado. Al llegar a casa, llamé por teléfono a unos amigos (todos ellos muy cultos), se lo leí y les pregunté si les resultaba familiar, si les sonaba haberlo leído antes. Todos me contestaron que no. Normalmente sólo escribo relatos cortos por encargo, pero por una vez en la vida tenía un relato corto que nadie me había pedido. Se lo envié a Gordon Van Gelder, de la revista *Magazine of Fantasy and Science Fiction*, y lo aceptó. Únicamente le cambió el título, y yo no tuve inconveniente. (Yo lo había titulado «Ultratumba»).

Suelo escribir mientras viajo en avión. En un vuelo con destino a Nueva York, en la época en que escribía *American Gods*, escribí un relato que pensé que podría encajar en la novela —de hecho, estaba seguro—, pero no encontré dónde. Finalmente, cuando publiqué la novela, decidí aprovechar aquel relato convirtiéndolo en una felicitación de Navidad y me olvidé por completo de él. Un par de años más tarde, la editorial Hill House Press (que publica unas preciosas ediciones limitadas de mis libros) se la envió a sus suscriptores como felicitación de Navidad.

Nunca le puse título. Digamos que se titula:

El constructor de mapas

La mejor manera de describir un cuento es contándolo. ¿Os dais cuenta? Para describir un cuento es necesario contarlo. Es mitad funambulismo, mitad sueño. Cuanto más preciso es el mapa, más se asemeja al propio territorio. El mapa más preciso posible sería el territorio en sí, lo cual sería absolutamente exacto y absolutamente inútil.

Un cuento es, a un tiempo, mapa y territorio.

No lo olvidéis.

Hace casi dos mil años, hubo un emperador en China que vivía obsesionado por la idea de cartografiar sus dominios. Había mandado levantar una maqueta a escala de China en una isla construida a tal efecto en uno de los lagos de su imperial hacienda, isla cuya construcción le costó una fortuna y la vida de varios de sus súbditos (las aguas de aquel lago eran frías y profundas). En dicha isla, las montañas eran del tamaño de una topera y los ríos como el más pequeño de los arroyos. El emperador tardaba una hora entera en recorrer el perímetro de su isla.

Cada mañana, con las primeras luces del alba, un centenar de hombres nadaban hasta la isla para reparar y reconstruir con sumo esmero cualquier detalle que hubiera podido verse alterado por las condiciones meteorológicas, las aves o una crecida inesperada de las aguas del lago; también eliminaban o remodelaban aquellas áreas que representaban territorios que habían sufrido inundaciones, terremotos o corrimientos de tierras, para que la maqueta fuera en todo momento una réplica exacta de la realidad.

Durante casi un año, el emperador se dio por satisfecho con esto, pero después sintió renacer de nuevo el descontento y, en el duermevela que precede al sueño, comenzó a idear otro mapa, pero esta vez a escala uno: cien. Es decir, un mapa que reproduciría todas y cada una de las cabañas, casas y palacios del Imperio, cada árbol, cada monte y cada animal, a una centésima parte de su tamaño.

Era un proyecto titánico, y hacerlo realidad supondría esquilmar las arcas del Imperio. Harían falta más hombres

que estrellas hay en el firmamento: cartógrafos, topógrafos, agrimensores, censistas, pintores; y también maquetistas, alfareros, albañiles y artesanos. Serían necesarios al menos seiscientos soñadores profesionales para revelar la naturaleza de cuanto permanece oculto bajo las raíces de los árboles y en la profundidad de las más profundas cuevas y fosas marinas —pues el mapa, para ser perfecto, debería contener no sólo el Imperio visible, sino también el invisible.

Ése era el proyecto que tenía en mente el emperador.

El ministro de su mano derecha trató de disuadirle una noche, mientras paseaban por los jardines del palacio, bajo una inmensa luna dorada.

—Debo advertir a su Alteza Imperial —comenzó el ministro de la mano derecha— de que esta nueva empresa es...

Y en este punto, le faltó valor para seguir. Una carpa plateada turbó la superficie del estanque, rompiendo el reflejo de la dorada luna en mil lunas diminutas y, después, aquellas lunas volvieron a fundirse para formar un solo reflejo dorado, que quedó flotando sobre las aguas teñidas de cielo, un cielo tan rabiosamente púrpuro que a nadie podría parecer negro.

—¿Imposible? —preguntó el emperador, en tono afable.

Cuando un emperador o un rey se muestra así de afable, hay que echarse a temblar.

—Todo cuanto el emperador desea es siempre, y por su propia naturaleza, posible —replicó el ministro de la mano derecha—. No obstante, será oneroso. Para sufragar un mapa de esas características haría falta todo el tesoro imperial. Su Majestad tendría que evacuar ciudades y aldeas enteras para poder disponer de un lugar donde construirlo. Sus herederos serían demasiado pobres para gobernar el país que Su Majestad les legaría. Como consejero suyo que soy, faltaría a mi deber si no le advirtiera del riesgo que corre.

—Es posible que tengas razón —dijo el emperador—. Es posible. Pero, aun suponiendo que siguiera tu consejo y me olvidara del mapa, la idea me atormentaría de por vida, y me impediría paladear la comida y el vino.

El emperador se detuvo. Desde un lejano confín de los jardines, les llegó el canto de un ruiseñor.

—Pero este mapa —le dijo el emperador, en tono confidencial— no es más que el principio. Porque, antes incluso de que esté terminado, volveré a sentir este mismo anhelo y empezaré a fraguar la que ha de ser mi obra maestra.

—¿Y cuál es esa obra maestra? —preguntó, cauteloso, el ministro de la mano derecha.

—Un mapa de mis dominios en el que cada casa estará representada por una casa a tamaño natural; cada montaña, por una montaña de igual altura; cada árbol, por un árbol del mismo tamaño y especie; cada río, por un auténtico río; y cada hombre, por un hombre de carne y hueso.

El ministro de la mano derecha se inclinó con gran ceremonia y siguió al emperador hasta el palacio imperial, manteniendo en todo momento la distancia de rigor, y sumido en una profunda reflexión.

Cuentan las crónicas que el emperador murió mientras dormía. Así consta en el archivo imperial y así sucedió, aunque cabría señalar también que alguien le asistió en su último trance; y a su hijo primogénito, que le sucedió en el trono, no le interesaban lo más mínimo los mapas ni la construcción de mapas.

La isla que había en mitad del lago fue transformada en una reserva de aves salvajes. Perforaron las diminutas montañas de barro con el pico para hacer sus nidos, y las aguas del lago fueron erosionando la isla y, con el tiempo, la deshicieron por completo, y sólo quedó el lago.

El mapa desapareció, y también su constructor, pero el país siguió viviendo.

«RECUERDOS DE FAMILIA Y OTROS TESOROS».

Este cuento, subtulado «Una historia de amor», o al menos una parte de él, comenzó siendo un cómic que escribí para la serie *It's Dark in London*, editada por Oscar Zarate e ilustrada por Warren Pleece. Warren hizo un trabajo magnífico, pero no quedé contento con la historia, y me preguntaba qué habría hecho que el tipo que se llamaba a sí mismo Smith fuera lo que era. Al Sarrantonio me pidió un cuento para su antología 999, y decidí que sería interesante volver de nuevo al señor Smith y al señor Alice y a su historia. Estos dos personajes aparecen también en otro cuento de esta selección.

Creo que aún quedan por contar muchas historias sobre el desagradable señor Smith, en particular, una en la que él y el señor Alice toman caminos distintos.

«LA VERDAD SOBRE EL CASO DE LA DESAPARICIÓN DE LA SEÑORITA FINCH».

Esta historia comenzó cuando me enseñaron un cuadro de Frank Frazetta que representaba una mujer salvaje rodeada de tigres y me pidieron que escribiera un relato para ilustrarlo. No se me ocurría nada, así que me limité a contar lo que le sucedió a la señorita Finch.

«NIÑAS EXTRAÑAS».

... es en realidad una serie compuesta de siete relatos muy breves. Fueron escritos para el CD *Strange Little Girls*, de Tori Amos. Inspirada por las fotografías de Cindy Sherman y por sus propias canciones, Tori creó un personaje